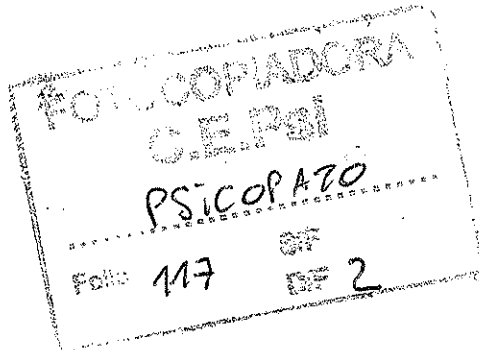


ESTELA LÓPEZ

LACAN



PRESENTACION DE LA TRADUCCION FRANCESA  
DE LAS MEMORIAS DEL PRESIDENTE SCHREBER

Circunstancias: cuando supe que Paul Du-  
quenne había comenzado la traducción de las Me-  
morias del Presidente Schreber obtuve el derecho  
de publicarla, por entregas, en la revista del Cir-  
culo de epistemología de la Escuela normal supe-  
rior, *Cahiers pour l'analyse*; pedí su presentación  
a Jacques Lacan, y ésta apareció en el N° 5. nov-  
dic., 1966. El texto completo, revisado por Nicole  
Sels, apareció en 1975, en la colección *le Champ  
freudien* de la Editorial Seuil.

J.-A. M.

Esta traducción era esperada. Exactamente desde  
nuestro seminario de 1955-56. Recordamos haber visto,  
ante su anuncio, parar la oreja a la señora Ida Macalpi-  
ne, que sin duda apuró por eso la traducción al inglés que  
hizo entonces, ayudada por su hijo: por lo que se ve, hu-  
biera podido tomarse todo su tiempo.

Quizá un retraso tan sin base merece una atención  
más detenida o que se vuelva a examinar en otra oportu-  
nidad.

Sea como fuere, este seminario, el quinto de nuestra  
enseñanza y el tercero dictado bajo el techo de Sainte-An-  
ne, nos muestra, cosa que nos suele suceder cuando  
acudimos a esos textos grabados, muchos temas no ne-  
cesarios entonces para ensanchar las categorías acep-  
tadas por nuestros oyentes y, para algunos de estos  
temas, la fecha en que habrían de empezar su carrera

1 15 2  
2 P/F

que hace que ahora abunden en las revistas, entiéndase, las de gran vuelo o, si se quiere, de gran cultura.

Si alguno de estos temas llega a aparecer en estas breves palabras de introducción con las que acompañamos las entregas que nos dará nuestro amigo el Doctor Duquenne, será tan sólo porque se aclaran a la luz del texto aquí producido.

No olvidemos en efecto que fuera de este texto Freud nada supo del "caso Schreber". Y este texto está preñado de todo lo revelador que supo sacar de ese caso.

Por ello ese seminario, titulado según el cuarto de los cinco grandes psicoanálisis de Freud, no tenía mejor manera de aumentar su solidez que la de afincarla en el propio texto que le sirvió de objeto. Hasta donde sé, fui el primero en hacerlo con tanto ahínco.

Desde luego, ello no obvia a que la señora Ida Macalpine presentara de prólogo, y de epílogo también, un psicoanálisis de este texto que pretende corregir el de Freud. Pero sólo sirvió para que en nuestros dos últimos seminarios del año (27 de junio, 4 de julio) devolviéramos a Freud lo suyo, para volver sobre el tema en el artículo en el que apenas dos años después recogimos muy apretadamente, en una construcción en sumo decisiva para lo que vendría después, más o menos dos tercios de la materia vista ese año. Se trata del artículo, y a él los remito, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis"<sup>1</sup>.

Digamos que el texto de Schreber es un gran texto freudiano, y no porque Freud lo aclare, sino porque deja en claro la pertinencia de las categorías que forjó Freud, para otros objetos sin duda y a partir de un pun-

1. Publicado en la *Psychanalyse*, vol. 4. Retomado en mis *Escritos*, págs. 531-583.

to para cuya definición no basta invocar el genio, a menos que por genio se entienda una sostenida holgura respecto del saber.

Freud, ciertamente, no repudiaría el que se le adjudicase este texto, cuando en el artículo en el que le da el rango de caso, él mismo declara que no le parece indigno ni aun riesgoso dejarse guiar por un texto tan brillante, aunque ello lo expusiese al reproche de que está delirando con el enfermo, cosa que no parece perturbarlo mucho.

La soltura que se permite Freud en este asunto es simple pero decisiva: introduce en él al sujeto en tanto tal, lo cual significa no evaluar al loco en términos de déficit y de disociación de funciones. La simple lectura del texto muestra palpablemente que no hay nada parecido en este caso.

Aunque el genio aquí es esa soltura, con ella precisamente aún no basta. Porque construir al sujeto como se debe a partir del inconsciente, es asunto de lógica, y aunque basta con abrir un libro de Freud para comprobarlo ello no quita que yo haya sido el primero en señalarlo.

Dar crédito al psicótico no redundan en este caso más que en cualquier otro tratado con la misma liberalidad: abrir puertas abiertas\* en absoluto implica saber a qué espacio dan.

Cuando leamos más adelante en la pluma de Schreber que él mismo se ofrece como soporte para que Dios o el Otro goce de su ser pasivizado, mientras se abandona al pensar-nada para que Dios, ese Otro hecho de un discurso infinito, se escabulla, y que de ese texto desga-

\* Expresión francesa que se refiere al esfuerzo destinado a demostrar algo evidente o hartamente conocido. [N. T.]

rrado en que él mismo se convierte se eleve el alarido que califica de milagroso, como para dar fe de que el desamparo que traicionaria ya no tiene nada que ver con ningún sujeto, — ¿a quién no le sugiere esto orientarse únicamente con los términos precisos que procura el discurso de Lacan sobre Freud?

La temática que calibramos por la paciencia que exige el terreno donde la tenemos que dar a entender, en la <sup>linda</sup> polaridad, la más reciente a ser promovida en ella, entre el sujeto del goce y el sujeto que representa el significante para un significante siempre otro, ¿no es acaso esto lo que nos permitirá una definición más precisa de la paranoia como identificando el goce en ese lugar del Otro como tal.

Y ahora resulta que el texto de Schreber es de verdad un texto que hay que inscribir en el discurso lacaniano, aunque, debemos decirlo, después de un largo rodeo en que ese discurso fue recogiendo sus términos de otra parte. Sin embargo, su confirmación es del mismo cuño que la que de él recibe el discurso de Freud, cosa que nada tiene de sorprendente, dado que se trata del mismo discurso.

A decir verdad, esta traducción viene a aclarar ese discurso más reciente, tal como sucedió con el discurso primero de Freud.

Quizá nos permitirá, en lo que a nosotros respecta, retomar el hilo que nos condujo a la aventura freudiana. O sea, a esa trinchera cavada con nuestra tesis, ese caso Alméé que no inscribimos en la recopilación que aparece ahora de nuestros *Escritos*.

En efecto, quizá se notará, mencionada en algunos puntos de esta recopilación esa fase de nuestra reflexión que fue en su inicio la de un psiquiatra, y que se armaba con el tema del *conocimiento paranoico*. Alguien que

nos ayudó en este cotejo ya señaló que aclaramos muy poco esta noción, de la que quedan escasas huellas.

¡Que hermosa carrera de ensayista hubiésemos podido hacer con ese término tan favorable a todas las modulaciones de la estética! Basta con recordar lo que al respecto sabía desplegar nuestro amigo Dali.

Ciertamente, el conocimiento paranoico es lo menos obscuro, de todo lo que se atavía como conocimiento, pero esto no disminuye su carácter obtuso.

Según un ritmo al que ya nos acostumbramos, nuestra tesis comenzó a ser leída diez años después en sitios de vanguardia como el asilo de Saint-Albans y, desde luego, la Clínica de la Facultad de París (1932-42).

Fue preciso que la insuficiencia de la enseñanza psicoanalítica quedará ruidosamente al descubierto para que nos dedicáramos a esa tarea. 1956-1966 marcan la misma distancia. Pero todavía nos quedan dos años para dar a la "cuestión preliminar" su consecuencia plena.

¿Qué es esto si no decir que nunca nos hemos interesado más que en la formación de sujetos capaces de entrar en cierta experiencia que hemos aprendido a centrar donde está?

Donde está, en tanto que constituida por la verdadera estructura del sujeto, la cual, como tal, no es entera, sino dividida, dejando caer un residuo irreductible cuyo análisis lógico ya se ha emprendido. <sup>obj'c.</sup>

Ahora bien, es fácil introducir el pensamiento a esta estructura, tan fácil como iniciar a un niño de edad relativamente precoz (precoz en el desarrollo escolar, si no en las fases analíticas) al estudio de las matemáticas por la teoría de conjuntos.

La zozobra empieza con las matemáticas que se están haciendo.

Ello puede dar una idea de la resistencia que oponen

los psicoanalistas a la teoría de la que depende su propia formación.

Haciendo la salvedad de que en ella la función psicoanalizante lleva al máximo el uso ansiógeno del residuo irreductible de la constitución del sujeto.

Un tipo de actos fallidos, los únicos quizá que merecen su nombre, pues en la neurosis son actos logrados, un tipo de actos "fallidos adrede" sobresale de manera muy evidente en medio de la transmisión teórica que entraña la formación del psicoanalista.

En estos predios, es obvio, presentar pruebas es asunto delicado, pero ¿cómo no ver una prueba en la inverosímil indiferencia ante el texto de las *Memorias* del Presidente Schreber? — que hace que en inglés fuese publicado por alguien que no pertenecía a ningún grupo (la señora Macalpine como discípula de Edward Glover, defensor demasiado intenso de ciertas exigencias científicas, no está inscrita, hasta nuevo aviso, en la sociedad de Londres); y que en Francia ese texto, al que hemos dedicado tantos cuidados, sale por fin a la luz en una zona muy sensible pero marginal con respecto a un grupo (el que asegura nuestra enseñanza), zona que representa la revista *Cahiers pour l'Analyse*.

Ojalá estos cuidados hagan recordar a quienes pueden llegar a prestar oído a lo que dijimos, la víspera de una jornada sobre la clínica, de la implicación en el sintoma del sujeto supuesto al saber, así como el hecho de que la concepción de la perturbación psiquiátrica es cuestión del clínico — ojalá hagan recordar lo que impone el mismo hecho de abordar este texto conmovedor.

Porque el así llamado clínico debe acomodarse a una concepción del sujeto, de la cual se desprenda que como sujeto no es ajeno al vínculo que para Schreber, con el nombre de Flechsig, lo coloca en posición de objeto de

cierta erotomanía mortificante y que el lugar que ocupa en la fotografía sensacional con que se abre el libro de Ida Macalpine, o sea, ante la imagen mural gigantesca de un cerebro, tiene un sentido en el asunto.

No se trata aquí de acceso alguno a un ascetismo místico ni tampoco de una apertura efusiva a la vivencia del enfermo, pero sí de una posición a la cual sólo introduce la lógica de la cura.